



**Pablo Pérez-Mínguez.** *Alaska y Carlos en camerinos de Sala Marquee* (1981).  
Fotografía sobre papel. 40 x 60 cm.  
Colección particular. Madrid.

## *Hay otros mundos, pero están en este*

ALASKA



ra importante recopilar la obra gráfica de Carlos Berlanga, como lo fue recuperar la de todos los artistas plásticos de los años setenta y ochenta en ese fantástico catálogo comisariado por Blanca Sánchez bajo el ineludible título de “La Movida”. Es una forma de poner las cosas en su sitio, sobre todo en relación con los ochenta, ya que los medios de comunicación han propagado la idea de que la música fue la única manifestación artística protagonista de la década. Nada más lejano de la realidad. Bueno, de nuestra realidad, pues probablemente para otros grupos musicales normalmente relacionados con esos años, nada de lo que aquí se refleja les suene, no tuvieron ninguna relación con esos otros artistas, plásticos, directores de cine, creadores de moda o simplemente diletantes con inquietudes. Dentro de este mundo hay infinitos mundos paralelos que no se tocan aunque compartan un mismo espacio vital.

Otro deseo de Blanca fue mostrar la obra de Carlos, más conocido en su faceta de músico y compositor. En el empeño estaba acompañada por Pablo Sycet, que ahora queda como responsable del proyecto tras el vacío dejado por la muerte de Blanquita. El resultado es la exposición y el presente catálogo, compilación cuidadosa de obras de procedencia dispar, como dispar fue la creación de cada una de ellas. Carlos, compositor prolífico, creador de la música de éxitos multitudinarios que han trascendido el paso del tiempo y de pequeños himnos underground, fue también un talentoso dibujante, pintor, ilustrador y diseñador gráfico. No es casualidad. Es fiel reflejo de la época, la ciudad y los amigos que le tocaron en suerte.

A finales de los setenta no había sitio para nosotros, no encajábamos con nadie, ni con los hermanos mayores progres, dogmáticos y aburridos, ni con los violentos guerrilleros de Cristo Rey que nos amenazaban por la calle. Pero Dios los cría y ellos se juntan. Así se creó una pequeña cadena de amistad entre personas de muy distinta edad y procedencia. Había algunos nexos, Bowie, Roxy Music, Marc Bolan, el incipiente punk, Warhol, Dalí, Londres, Nueva York, las revistas de moda, el cine español de los años sesenta, la fotografía, la arquitectura, la ciencia ficción, Truman Capote, el



**José Sáinz**

*Kaka de Luxe* (1978)

Fotografía sobre papel. 18 x 24 cm.

Colección particular. Madrid.

cine de John Waters, los cómics, la ambigüedad sexual como vehículo, las ciencias ocultas, las vedettes, el Pop Art, Jardiel Poncela, la edad dorada de Hollywood, la cultura alternativa, la pasión estética por los años cincuenta... y unas ganas tan grandes de hacer cosas que no podíamos esperar a tener los conocimientos para llevarlas a cabo, se hacían y punto, aunque fuera bajo mínimos. Hacer antes que aprender. El punk nos vino como anillo al dedo al propagar el lema *“házte lo tú mismo”*.

Hay que recordar que Kaka de Luxe, el primer grupo de música que formamos, no nació sólo como tal. También editábamos un fanzine donde volcar todas esas filias que nos unían. El nombre salió de una lista propuesta por Carlos, la perfecta mezcla entre lo peor y lo mejor, lo más alto y lo más bajo, lo más chic y lo más rastroso. Eso era lo que nos interesaba. Carlos ni siquiera formaba parte del grupo como músico, sino como artista gráfico, para ilustrar el fanzine, hacer logotipos, portadas. Tardaría bastante en vencer su timidez y subirse al escenario, al principio como corista, luego ya como guitarrista.

Pintores, escritores, críticos de arte, miembros de algún grupo de música, periodistas, creadores, inadaptados, maduritos interesantes, superstars... ciertamente vivimos un ambiente cultural bastante más enriquecedor que el que disfrutaban la mayoría de los adolescentes. Un entorno plural e independiente propiciado por la ciudad que nos acogía sin preguntar edad, orientación sexual, gentilicio o capacidad económica. Y dentro de esa vorágine de personalidades convulsas, Carlos era extremadamente excepcional, con sus trajes y sus corbatitas estrechas, una mezcla de contemporaneidad y anacronismo.

No éramos progres, no éramos pasotas, no éramos pijos, no éramos nada que se pudiera identificar o clasificar y eso resultaba incómodo para los demás. Lo que hacíamos era tener un grupo de amigos con los que construir una realidad paralela más cercana a nuestro mundo perfecto para vivir el día a día, para compartir intereses comunes y crear nuestros propios paraísos artificiales. Ya desde entonces aprendí que *“hay otros mundos pero están en este”*, como se leía en las portadas de una colección de libros sobre ciencias ocultas que devorábamos por aquellos años. Aún los guardo, incluso algunos tomos que Carlos me prestó y nunca le devolví, como los dedicados al misterio de Rennes-le-Château, a la masacre de los Cátaros, o al Grial.

Estos que se revisan hoy aquí son los otros mundos de Carlos, al menos los descubiertos hasta ahora, porque su legado incluye canciones



**Carlos Berlanga**

*Olvi* (ca. 1994)

Técnica mixta sobre papel. 7,7 x 7,6 cm.

Colección particular. Madrid.

inéditas, textos, cuadernos de dibujos, comentarios y diarios que quizá nunca se desvelen. A pesar del éxito alcanzado como compositor y como miembro de Pegamoides y Dinarama, a pesar de haber editado varios discos en solitario, me atrevo a decir que la música no era más importante para Carlos que la pintura. Todas las letras que escribió con Nacho, todas las servilletas de una merienda, la lista de canciones de un concierto... todo está garabateado, profusamente ilustrado con apuntes, retratos o composiciones abstractas.

Carlos se adelantó a su tiempo inventando esos personajes imposibles, esas señoras divinas que mantenían conversaciones hiperfrívolas desde los bocadillos de sus viñetas de cómic. Lo mismo podía crear un bodegón cubista que recrear esos Kandinskys neomodernos que tanto le gustaban. Un poco del **Vogue**, algo del **Interview** de Warhol, del **Diez Minutos**, del **¡Hola!**... las revistas de alta y baja cuna fueron fuente de inspiración continua. Carlos de mayor quería ser quiosquero para poder leer todas las revistas del mundo. De hecho, cuando pienso en Carlos, lo recuerdo siempre haciendo dibujos en las páginas de la última revista adquirida. Siempre con un lápiz en la mano. De esa mano y de esa cabeza en constante ebullición creativa salieron las obras que hoy, por fin, podemos contemplar. Sirva como homenaje y como aportación para poder reconstruir una personalidad compleja y poliédrica. Una pieza más para recrear los mundos de Carlos Berlanga.



Alaska y Dinarama (1988), durante la prueba de sonido de un concierto. (Fotografía de Pablo Sycet)